Corea del Sur, donde hoy arde la llama olímpica, Hong Kong, Taiwán y Singapur son ''los cuatro tigres del Sudeste Asiático'' que los gobiernos de los países avanzados exhibieron durante la década del '70 —y aún se esgrimen, tardíamente, en el debate local— para demostrar que es posible superar el atraso económico recurriendo exclusivamente al mercado libre y a la iniciativa privada. Sin embargo, el autoritarismo, los bajos salarios, la disciplina laboral draconiana y la benevolencia de las potencias constituyen el plato fuerte de la dieta de los tigres. En especial de aquel que en estos días se presenta en sociedad.

AFP

OLIMPIADAS DE SEUL

COREA Y LOS TRES TRISTES TIGRES



Por Andrea Ferrari

La luz de los reflectores inunda la ciudad. Se congelan imágenes que dan la vuelta al mundo: la televisión prometió una audiencia de tres millones de personas. Periodistas, atletas, turistas —cientos de miles— invaden Seúl: anotan, filman, toman fotos, vuelven a anotar. En medio de la escena, los surcoreanos parpadean entre flashes, dispuestos a ser noticia durante quince días. Para el gobierno, las Olimpiadas —las más espectaculares de la historia, se ufanan— son la oportunidad de exhibir el mentado milagro económico y un proceso de democratización recién estrenado. Mientras duren las luces y el fervor olímpico, confían en mantener una relativa calma, por lo menos en lo que hace a la oposición parlamentaria que se comprometió a respetar una tregua. Los estudiantes, en cambio, son un misterio.

"Sería más conveniente para mí ejercer un poder concentrado, pero estoy firmemente comprometido con el pueblo a liberar al gobierno de todo autoritarismo", dice el presidente Roh Tae Woo ante el enviado de *Newsweek*. Pero la flamante vocación democrática de Roh obedece a la necesidad más que a la convicción. Es el mismo general que en 1979 movilizó sus tanques para respaldar el golpe de Estado de Chun Doo Hwan; pocos meses después, un levantamiento popular fue reprimido con una masacre que dejó 200 muertos y 800 heridos. Compañero de Chun en la Academia Militar, Roh vio premiada su permanente fidelidad: en 1981 fue designado jefe del partido en el poder y candidato a la presidencia. Pero no todo resultó según lo esperado: en junio de 1987, cuando se preparaba el traspaso de poder, los estudiantes encabezaron una serie de manifestaciones que hicieron tambalear el país. El respaldo que les dio la clase media fue decisivo: Roh concluyó entonces que había llegado la hora de tomar distancia de Chun y remozar su imagen. En un discurso que dejó boquiabiertos a sus propios colaboradores anunció que renunciaría a su posición a menos que el gobierno accediera a un plan de reformas que incluía elecciones directas, libertad de prensa y amnistía para los presos políticos.

Nuevos vientos soplaron en el país. Tras la reforma constitucional, las elecciones directas de diciembre —las primeras en 16 años— dieron la victoria a Roh, en parte porque los dos principales líderes de la oposición, Kim Dae Jung y Kim Young Sam, no lograron una alianza, aunque también hubo numerosas acusaciones de fraude. Pese a ser el virtual heredero de Chun, Roh no pudo evitar abrir las compuertas: los procesos por corrupción alcanzaron al propio hermano del ex presidente que está siendo juzgado por 27 acusaciones de fraude y enriquecimiento ilícito. También se revirtió la situación para los trabajadores tras las reformas que admitieron el derecho a huelga: los conflictos laborales pasaron de 167 en el primer semestre del año pasado a 3623 en el segundo. Si bien los sindicatos no obtuvieron los aumentos del 30-35 por ciento que reclamaban, algunos alcanzaron la mitad de ese porcentaje. Obviamente, las protestas no cesan en el país que ha experimentado el mayor crecimiento económico de 1987.

El teléfono roto

Una línea telefónica directa conecta las capitales de las dos Coreas. Instalada en 1972,





cuando la reunificación parecía una meta cercana, fue suprimida cuatro años después y reconectada en 1984. Como un barómetro de las relaciones entre Seúl y Pyongyang, el teléfono volvió a sonar este año. Pero varios encuentros en la frontera entre legisladores de los dos países no arrojaron resultados: Corea del Norte, que pretendía compartir la sede de las Olimpiadas terminó retirándose del evento y cuatro países socialistas siguieron su ejemplo. Tampoco prosperaron las conversaciones en torno de la reunificación, una meta que encuentra adeptos a ambos lados del paralelo 38.

Las dos Coreas comparten lengua, cultura e historia. Ocupado por Japón entre 1910 y 1945, el país vio llegar el fin de la guerra y la derrota de su colonizador con alegría. Pero su suerte ya se había decidido en Yalta: la frontera impuesta por las potencias aliadas dividió a diez millones de familias. La guerra civil que siguió, agregó dos millones de muertos y dejó en ruinas a Seúl y a Pyongyang.

En Corea del Sur son los estudiantes, una vez más, quienes encabezan el reclamo. En agosto, las manifestaciones —reprimidas por la policía— sumaron hasta 15.000 jóvenes. Pero no alcanzaron el objetivo planeado: reunirse en Panmunjón con sus pares del norte el día 15, aniversario del fin de la dominación japonesa. Roh se muestra canto: "Hay un acuerdo general para abrir la discusión sobre la reunificación —declara— pero cuando se trata de un diálogo con Corea del Norte debe existir un enfoque unificado y canalizado a través del gobierno". El presidente no puede mostrarse intransigente dada la popularidad del reclamo; de lo contrario no podría contener a la oposición. Pero tampoco puede acercarse demasiado a Pyongyang si no quiere granjearse la enemistad de los conservadores en su partido.

Aun así, el reciente establecimiento de una misión diplomática en un país comunista, Hungría, marca una apertura de Seúl hacia el este. Tras las Olimpíadas, es probable que



les sigan China —con la que ya mantiene fluidas relaciones comerciales— y Checoslovaquia. Pero las dos Coreas aún deben superar muchos obstáculos para acercarse. El retiro de los 43.000 soldados norteamericanos estacionados en el Sur —un reclamo de Pyongyang— parece lejos de concretarse. Muchos creen que las relaciones podrán estrecharse sólo cuando el mítico Kim Il Sung (el que, según una leyenda puede "atrapar arcoiris y convetir la paja en arroz") abandone el poder, o su país experimente una reforma. Contrariamente a China o la Unión Soviética, Corea del Norte mantiene sus estructuras intactas.

El día después

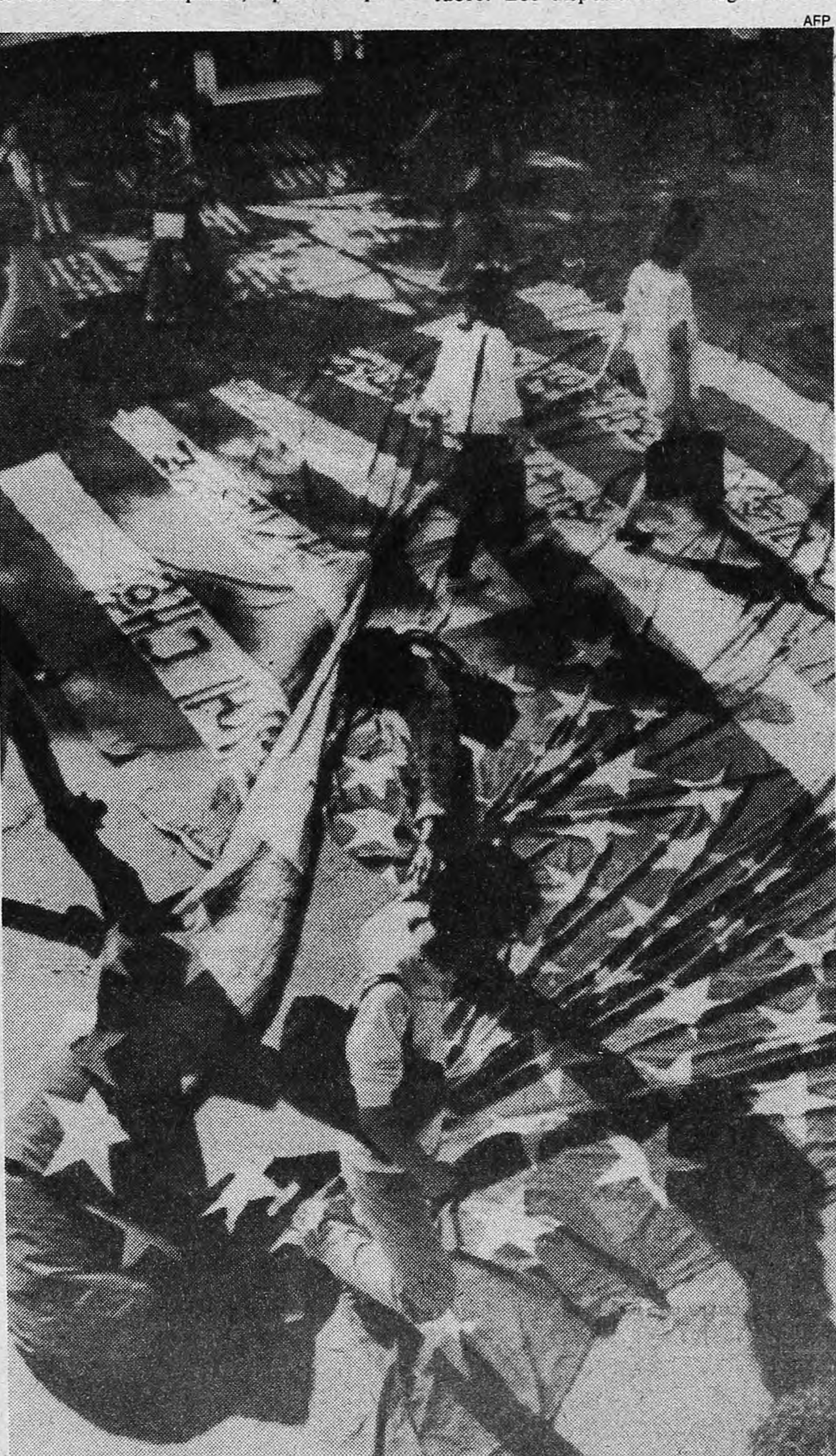
Roh contiene el aliento hasta el 3 de octubre. Los dispositivos de seguridad se controlaron una y otra vez, ante la posibilidad de un ataque terrorista. Un espectacular despliegue policial —un efectivo por cada cuatro turistas— uniforma la fisonomía de Seúl. Ante la idea de que Corea del Norte pudiera abrir un dique fronterizo para inundar la capital, se llegó a construir una presa en tiempo record.

Aun si nada sucede, Roh verá partir a sus visitantes para volver a enfrascarse en los problemas internos. Pese a que el presidente aún mantiene cierta popularidad personal, el áurea no se extiende a su partido, que en las elecciones legislativas de abril perdió la mayoría en la Asamblea. Los dos líderes de la oposición —los Kims—, que habían resignado sus cargos tras la derrota en los comicios presidenciales, volvieron al centro de la escena. Roh tiene que olvidar ahora viejas prácticas e incluso se ve obligado a negociar, algo impensable en el pasado. En agosto, por ejemplo, su candidato para presidir la Corte Suprema fue rechazado: la Asamblea le exigió que nombrara a alguna persona sin vinculaciones con el régimen militar.

Roh también deberá lidiar con el sentimiento antinorteamericano que saltó a la luz con la apertura democrática. Quienes la manifiestan más ruidosamente son los estudiantes, pero muchos otros surcoreanos —un pueblo donde el nacionalismo cala hondo— resienten la presencia de los soldados americanos. Algunos incluso cuestionan el rol de Estados Unidos en su floreciente economía. El abogado opositor Lee Chul Yong lo explica citando una escritura budista: Un zorro le da a un mono zapatos y se los reemplaza cada vez que se gastan. Cuando el mono ya no puede vivir sin ellos, le propone que empiece a pagarlos. Así Estados Unidos utiliza la ayuda, dice Yong, para volver a Corea dependiente, entre otras cosas, de su tecnología.

Pero aunque los estudiantes griten: "Yanquees go home", los norteamericanos están lejos de irse. Consultado con respecto al control operacional que ejerce Estados Unidos sobre las fuerzas coreanas, Roh responde con cautela que "eventualmente debería revertirse a las autoridades militares coreanas", aunque agrega enseguida: "No creo que haya ninguna razón por la cual debamos apresurar cualquier cambio en las estructuras".

En Seúl circulan bromas sobre el tamaño de las orejas de Roh. Como en el cuento infantil, el presidente respondió una vez: "Tengo las orejas grandes para poder escuchar todas las opiniones". Cuando la antorcha olímpica haya partido, Roh podrá demostrar si sus aspiraciones democráticas son tan reales como pretende o si se trataba de un lobo disfrazado.



AFP





LA EXC DEL DEP

Por Ezequiel Fernández

La edición más gigantesca en la historia de los Juegos Olímpicos que comenzó este fin de semana en Seúl parecería tomar al deporte como una simple excusa. Los más importantes semanarios políticos de Estados Unidos y Europa occidental dedicaron en sus últimos números páginas enteras para hablar de Seúl como jamás lo habían hecho anteriormente. La televisión norteamericana transmitirá casi doscientas horas en vivo desde la capital surcoreana y las imágenes llegarán a unos ciento cincuenta países.

Al fin y al cabo, el gobierno surcoreano no hará más que imitar lo que muchos otros hicieron antes, aunque contará con alguna ventaja. Seúl, gracias a los milagros del progreso, celebrará los primeros Juegos electrónicos y como suele decirse que la electrónica y el deporte son neutros, entonces se contará la historia que Corea del Sur quiera mostrar.

Ya en 1896 los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna en Atenas, sirvieron de tribuna política a las ambiciones del joven príncipe heredero Constantino. Las ediciones posteriores tuvieron cada una de ellas un rédito político para el interesado de turno, aunque ninguna de ellas lo hizo de modo tan grosero como los Juegos de Berlín en 1936, que fueron ganados por los atletas arios de Adolf Hitler.

La TV y el deporte se aliaron la noche del 29 de octubre de 1974, cuando mil millones de telespectadores mejoraron el rating que hasta entonces sólo había conseguido el primer paseo del hombre en la Luna. La pelea entre Cassius Clay y George Foreman fue un verdadero fiasco, pero el presidente Joseph Desiré Mobutu logró que muchísimas personas conocieran por primera vez la existencia de Kinshasha, capital del Zaire, pleno corazón del Africa negra, extraña sede del combate.

Los militares argentinos creyeron que su Mundial '78 serviría para contrarrestar la ola de denuncias sobre desapariciones, torturas y fosas clandestinas. Pero esta voracidad por adueñarse de un espectáculo deportivo para convertirlo en tribuna política no es exclusiva de dictadores del tercer mundo. El 15 de octubre de 1986 el presidente español Felipe González y el primer ministro de Francia, Jacques Chirac, fueron en persona a Lausana para convencer a los ancianos aristócratas del Comité Olímpico Internacional (COI), a que votaran por Barcelona y París, respectivamente, como sede de los Juegos que se celebrarán en 1992. Chirac llegó a ofrecer condonaciones de deuda a los países africanos para que dieran su voto a París, pero los encantos de la Ciudad Luz fueron superados por la mejor exploración comercial que prometió Barcelona, con una apertura total a los deportistas profesionales, para alegría de las firmas de ropa deportiva que visten a los atletas, cuyos gerentes se han convertido en

cuando la reunificación parecía una meta cercana, fue suprimida cuatro años después y reconectada en 1984. Como un barómetro de las relaciones entre Seúl y Pyongyang, el teléfono volvió a sonar este año. Pero varios encuentros en la frontera entre legisladores de los dos países no arrojaron resultados: Corea del Norte, que pretendía compartir la sede de las Olimpíadas terminó retirándose del evento y cuatro países socialistas siguieron su ejemplo. Tampoco prosperaron las conversaciones en torno de la reunificación, una meta que encuentra adeptos a ambos lados del paralelo 38.

Las dos Coreas comparten lengua, cultura e historia. Ocupado por Japón entre 1910 y 1945, el país vio llegar el fin de la guerra y la derrota de su colonizador con alegría. Pero su suerte ya se había decidido en Yalta: la frontera impuesta por las potencias aliadas dividió a diez millones de familias. La guerra civil que siguió, agregó dos millones de muertos y dejó en ruinas a Seúl y a Pyongyang.

En Corea del Sur son los estudiantes, una vez más, quienes encabezan el reclamo. En agosto, las manifestaciones —reprimidas por la policía— sumaron hasta 15.000 jóvenes. Pero no alcanzaron el objetivo planeado: reunirse en Panmunjón con sus pares del norte el día 15, aniversario del fin de la dominación japonesa. Roh se muestra canto: "Hay un acuerdo general para abrir la discusión sobre la reunificación —declara— pero cuando se trata de un diálogo con Corea del Norte debe existir un enfoque unificado y canalizado a través del gobierno". El presidente no puede mostrarse intransigente dada la popularidad del reclamo; de lo contrario no podría contener a la oposición. Pero tampoco puede acercarse demasiado a Pyongyang si no quiere granjearse la enemistad de los conservadores en su partido.

Aun así, el reciente establecimiento de una misión diplomática en un país comunista, Hungría, marca una apertura de Seúl hacia el este. Tras las Olimpíadas, es probable que



les sigan China —con la que ya mantiene fluidas relaciones comerciales— y Checoslovaquia. Pero las dos Coreas aún deben superar muchos obstáculos para acercarse. El retiro de los 43.000 soldados norteamericanos estacionados en el Sur —un reclamo de Pyongyang— parece lejos de concretarse. Muchos creen que las relaciones podrán estrecharse sólo cuando el mítico Kim Il Sung (el que, según una leyenda puede "atrapar arcoiris y convetir la paja en arroz") abandone el poder, o su país experimente una reforma. Contrariamente a China o la Unión Soviética, Corea del Norte mantiene sus estructuras intactas.

El día después

Roh contiene el aliento hasta el 3 de octubre. Los dispositivos de seguridad se controlaron una y otra vez, ante la posibilidad de un ataque terrorista. Un espectacular despliegue policial —un efectivo por cada cuatro turistas— uniforma la fisonomía de Seúl. Ante la idea de que Corea del Norte pudiera abrir un dique fronterizo para inundar la capital, se llegó a construir una presa en tiempo record.

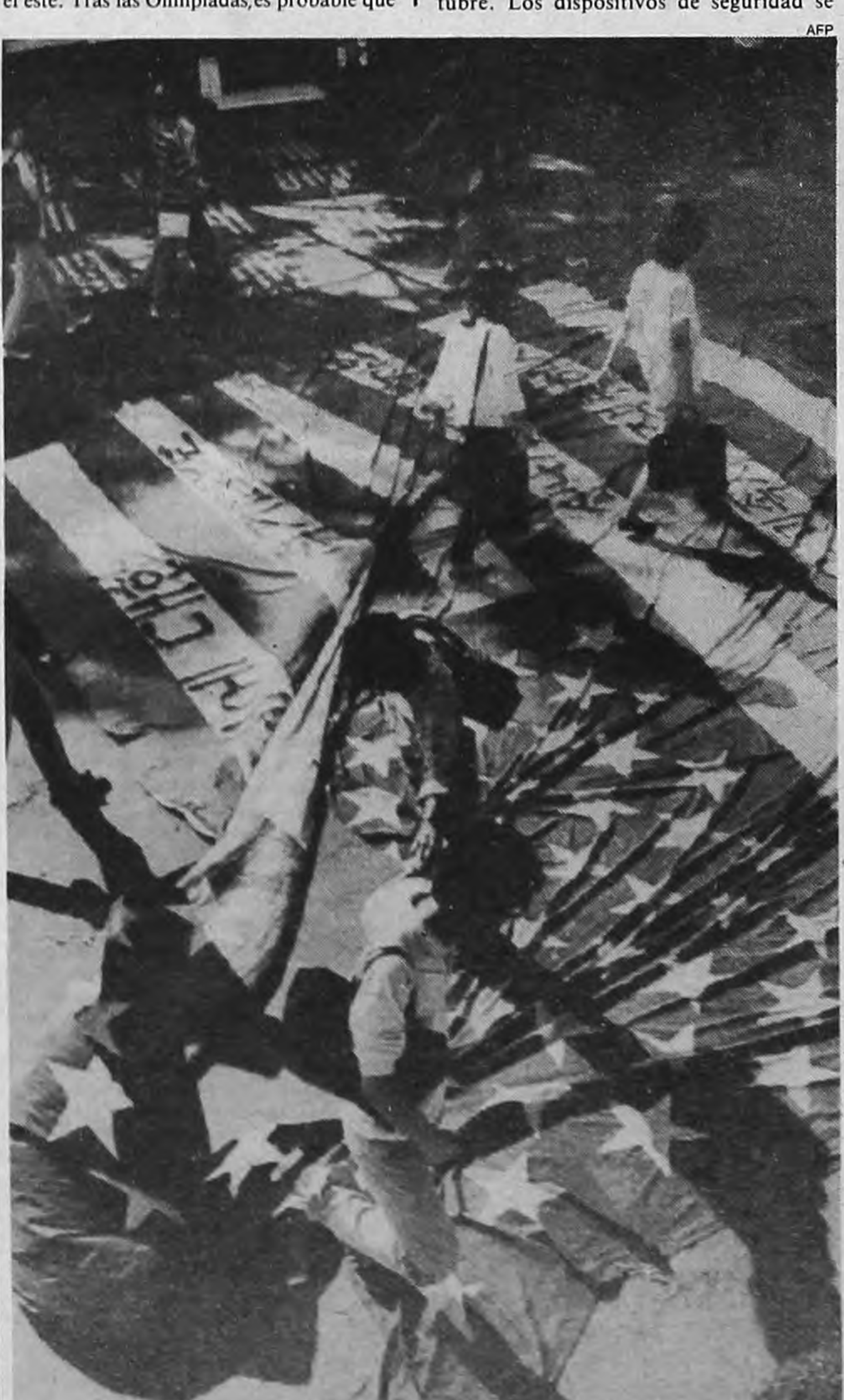
Aun si nada sucede, Roh verá partir a sus visitantes para volver a enfrascarse en los problemas internos. Pese a que el presidente aún mantiene cierta popularidad personal, el áurea no se extiende a su partido, que en las elecciones legislativas de abril perdió la mayoría en la Asamblea. Los dos líderes de la oposición —los Kims—, que habían resignado sus cargos tras la derrota en los comicios presidenciales, volvieron al centro de la escena. Roh tiene que olvidar ahora viejas prácticas e incluso se ve obligado a negociar, algo impensable en el pasado. En agosto, por ejemplo, su candidato para presidir la Corte Suprema fue rechazado: la Asamblea le exigió que nombrara a alguna persona sin vinculaciones con el régimen militar.

Roh también deberá lidiar con el sentimiento antinorteamericano que saltó a la luz con la apertura democrática. Quienes la manifiestan más ruidosamente son los estudiantes, pero muchos otros surcoreanos —un pueblo donde el nacionalismo cala hondo— resienten la presencia de los soldados americanos. Algunos incluso cuestionan el rol de Estados Unidos en su floreciente economía. El abogado opositor Lee Chul Yong lo explica citando una escritura budista: Un zorro le da a un mono zapatos y se los reemplaza cada vez que se gastan. Cuando el mono ya no puede vivir sin ellos, le propone que empiece a pagarlos. Así Estados Unidos utiliza la ayuda, dice Yong, para volver a Corea dependiente, entre otras cosas, de su tecnología.

Pero aunque los estudiantes griten: "Yanquees go home", los norteamericanos están lejos de irse. Consultado con respecto al control operacional que ejerce Estados Unidos sobre las fuerzas coreanas, Roh responde con cautela que "eventualmente debería revertirse a las autoridades militares coreanas", aunque agrega enseguida: "No creo que haya ninguna razón por la cual debamos apresurar cualquier cambio en las estructuras".

En Seúl circulan bromas sobre el tamaño de las orejas de Roh. Como en el cuento infantil, el presidente respondió una vez: "Tengo las orejas grandes para poder escuchar todas las opiniones". Cuando la antorcha olímpica haya partido, Roh podrá demostrar si sus aspiraciones democráticas son tan reales como pretende o si se trataba de un lobo disfrazado.

AFP





LA EXCUSA DEL DEPORTE

Por Ezequiel Fernández Moores

La edición más gigantesca en la historia de los Juegos Olímpicos que comenzó este fin de semana en Seúl parecería tomar al deporte como una simple excusa. Los más importantes semanarios políticos de Estados Unidos y Europa occidental dedicaron en sus últimos números páginas enteras para hablar de Seúl como jamás lo habían hecho anteriormente. La televisión norteamericana transmitirá casi doscientas horas en vivo desde la capital surcoreana y las imágenes llegarán a unos ciento cincuenta países.

Al fin y al cabo, el gobierno surcoreano no hará más que imitar lo que muchos otros hicieron antes, aunque contará con alguna ventaja. Seúl, gracias a los milagros del progreso, celebrará los primeros Juegos electrónicos y como suele decirse que la electrónica y el deporte son neutros, entonces se contará la historia que Corea del Sur quiera mostrar.

Ya en 1896 los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna en Atenas, sirvieron de tribuna política a las ambiciones del joven príncipe heredero Constantino. Las ediciones posteriores tuvieron cada una de ellas un rédito político para el interesado de turno, aunque ninguna de ellas lo hizo de modo tan grosero como los Juegos de Berlín en 1936, que fueron ganados por los atletas arios de Adolf Hitler.

La TV y el deporte se aliaron la noche del 29 de octubre de 1974, cuando mil millones de telespectadores mejoraron el rating que hasta entonces sólo había conseguido el primer paseo del hombre en la Luna. La pelea entre Cassius Clay y George Foreman fue un verdadero fiasco, pero el presidente Joseph Desiré Mobutu logró que muchísimas personas conocieran por primera vez la existencia de Kinshasha, capital del Zaire, pleno corazón del Africa negra, extraña sede del combate.

Los militares argentinos creyeron que su Mundial '78 serviría para contrarrestar la ola de denuncias sobre desapariciones, torturas y fosas clandestinas. Pero esta voracidad por adueñarse de un espectáculo deportivo para convertirlo en tribuna política no es exclusiva de dictadores del tercer mundo. El 15 de octubre de 1986 el presidente español Felipe González y el primer ministro de Francia, Jacques Chirac, fueron en persona a Lausana para convencer a los ancianos aristócratas del Comité Olímpico Internacional (COI), a que votaran por Barcelona y París, respectivamente, como sede de los Juegos que se celebrarán en 1992. Chirac llegó a ofrecer condonaciones de deuda a los países africanos para que dieran su voto a París, pero los encantos de la Ciudad Luz fueron superados por la mejor explotación comercial que prometió Barcelona, con una apertura total a los deportistas profesionales, para alegría de las firmas de ropa deportiva que visten a los atletas, cuyos gerentes se han convertido en los nuevos dueños del negocio.

¿Acaso ahora Seúl debía desaprovechar el bocado? Hasta el dictador Chun Doo Hwan debió aceptar resignadamente la imposibilidad de cumplir con su sueño dorado, de exhibir él mismo ante el mundo el denominado "milagro coreano". Cuando las protestas estudiantiles se hicieron incontrolables en el '87, Seúl estuvo cerca de perder la sede de los Juegos y entonces el dictador se vio obligado a celebrar las elecciones que pusieron en el poder a su delfín, el ex general Roh Tae-Woo.

Así, con 29 mil operarios trabajando catorce horas de promedio diario durante siete años —sólo un ejemplo de cómo se cimentó el "milagro coreano"— Seúl exhibe orgullosa la construcción de una veintena de nuevos estadios, el Parque Olímpico de 1.700.000 metros cuadrados y la Villa Olímpica con sus 122 edificios y 3700 departamentos. Allí se alojarán los doce mil atletas que llegaron para intervenir en los Juegos, entre ellos el velocista norteamericano Carl Lewis, la tenista alemana Steffi Graf, el garrochista soviético Serguei Bubka y la argentina Gabriela Sabatini, algunas de las principales estrellas de la competencia.

Pero la estrella principal será Seúl: mostrar que la división de las dos Coreas no es "artificial" —como dicen los coreanos del norte— y lucir ante el mundo la nueva cara de inmensa y poderosa factoría, no aquella imagen ya lejana de pantanos y arrozales bombardeados por la guerra.

Y para que esto sea posible, los Juegos de Seúl pasarán a la historia por ser los primeros en celebrarse dentro de un verdadero "bunker", con un total de 300 mil hombres armados, aviones de reconocimiento norteamericanos y naves de la Séptima Flota para garantizar la paz olímpica. La masacre de atletas israelíes en manos de un comando palestino en los Juegos de Munich '72 sirvió para mostrar que también el terrorismo político desea subirse a la tribuna que ofrece el deporte. Y en Seúl se teme que un kamikaze eche por la borda la "fiesta de paz y felicidad" que ofrece el "deporte apolítico".

Soviéticos y norteamericanos librarán un duelo aparte para mostrarle al mundo bajo qué sistema se fabrican mejor los héroes modernos que corren más rápido, saltan más alto y lanzan con más fuerza, para hacer honor al ideal olímpico citius, altius, fortius. Alemania Oriental será la tercera en discordia, pero como Corea del Sur comprendió que algo de deporte deberá aportar a los Juegos, entonces preparó durante casi dos años y bajo un régimen carcelario a sus mejores atletas, ofreciendo premios millonarios a quien obtenga una medalla que permita que la fiesta sea completa.

No sea cuestión que, al fin y al cabo, alguien se olvide que los Juegos Olímpicos no son más que un simple acontecimiento deportivo.

EL "MILAGRO ECONOMICO"

MADE IN COREA



Por Salvador Benesdra

En 1964 le tocó a Japón. Salido de la Segunda Guerra Mundial con su imperio totalmente desarticulado y la humillación de una derrota sin atenuantes, pudo mostrar apenas dos décadas después que era nuevamente una nación en marcha. Los Juegos Olímpicos de Tokio sirvieron de escenario para sacar a relucir el milagro económico. Ahora es el turno de Corea del Sur. Colonia paupérrima de los japoneses desde 1910 hasta 1945, devastada en una feroz guerra con el Norte —controlado por los comunistas— desde mediados de 1950 hasta fines de 1952, la porción meridional de la península de Corea toma en estos días el relevo de sus antiguos amos y alumbra una vez más con la antorcha olímpica la pujanza del Sudeste Asiático.

Esta vez el asombro puede ser aún mayor que en 1964. Mostrar el poderío japonés reconstruido era después de todo algo relativamente banal. Alemania Occidental —Plan Marshall mediante— también se había levantado de sus cenizas. La República de Corea no es en cambio una antigua potencia industrial que se vuelve a poner de pie, sino una flamante máquina de producir riqueza que comenzó a funcionar hace apenas tres décadas. Fue además el paradigma de un supuesto modelo de desarrollo que los gobiernos de los países capitalistas avanzados exhibieron ante el Tercer Mundo desde los años 70, con la pretensión de demostrar que era posible superar el atraso económico recurriendo exclusivamente al libre mercado y a la iniciativa privada. Se la puso junto con la colonia británica de Hong Kong, la ex colonia británica de Singapur, y la isla de Taiwán en una misma bolsa, que llevó —según la ocasión— los rótulos de "estrategias de desarrollo orientadas hacia el exterior", "industrialización exportadora", o simplemente "los cuatro tigres del Sudeste Asiático". Los cuatro debían ilustrar una serie de tesis que se pueden resumir así: el único camino para el desarrollo es la integración al mercado mundial; este último es el único agente (en oposición a los gobiernos) capaz de "asignar eficientemente los factores de la producción" (orientar los recursos de cada país hacia las actividades que más lo beneficien); y la llamada "sustitución de importaciones" (la erección de barreras proteccionistas para alentar la producción local de bienes que antes se importaban) debe ser abandonada en aras de producir sólo lo que cada país puede fabricar en condiciones internacionalmente competitivas, aprovechando sus "ventajas comparativas" (riquezas naturales, mano de obra barata y/o calificada, stock de capital acumulado históricamente). Por supuesto, la única forma de comprobar qué puede producir cada país "competitivamente" es levantar todas las barreras aduaneras, abrir el mercado local a la competencia internacional, y abolir cualquier subsidio estatal.

Pero curiosamente, desde que los dos mayores tigres —Corea y Taiwán— parecieron confirmar en la década del '80 con su vertiginoso crecimiento que sus modelos eran exitosos, comenzaron a llover sobre ellos las denuncias de EE.UU. y Europa Occidental acusándolos de haber sido siempre proteccionistas, y subsidiadores, y culpándolos de pecados aun mayores, como el "dirigismo". La revista norteamericana *Businessweek* se preguntó por enésima vez el 5 de setiembre "qué mueve" a la economía de Corea, y empezó a descubrir que además de la mano de obra barata —común a todo el Tercer Mundo— había otros factores. *Businessweek*, que ya tuvo que aprender varias lenguas orientales en estos años, citó entre esos factores un "slogan" coreano: "minjok chajon" y explicó que quería decir "podemos hacerlo nosotros mismos".

De hecho, Corea del Sur con 99.000 kilómetros cuadrados de superficie y 42 millones de habitantes, y Taiwán, con 36.000 kilómetros cuadrados y 19 millones de habitantes, no renunciaron jamás a construir "ellos mismos" un parque industrial suficientemente diversificado para poder cubrir la mayor cantidad de fases posibles del proceso de fabricación de sus productos, aunque tuvieran que recurrir a la inversión estatal, los subsidios, o los aranceles proteccionistas. Sólo las ciudades-estados de Hong Kong y Singapur (con 5 y 3 millones de habitantes respectivamente, concentrados en menos de 1000 kilómetros cuadrados) debieron conformarse con abrir "nichos" dentro del mercado mundial para un puñado de productos (textiles, relojes, zapatos, etc.), y se adecuaron más o menos a la imagen popular que existe de una "factoría", o "armaduría". Ambos fueron desde antes del siglo XX puertos importantes que medraron con la intermediación gracias a su ubicación estratégica (el primero en el comercio de China con el exterior, el segundo como principal escala entre el Océano Pacífico y el Indico), y se lanzaron en los años 50 y 60 a una industrialización muy especializada —además de florecer como centros financieros— partiendo de economías totalmente abiertas, y niveles de ingresos superiores a los del resto del Tercer Mundo.

La misma opción en favor de la especialización fue insistentemente recomendada por los economistas del Banco Mundial a Corea y Taiwán, que desoyeron sistemáticamente esos consejos. Ambos recurrieron hasta mediados de los años 60 a una política intensa de sustitución de importaciones, apoyándose en la masiva ayuda norteamericana y en sendas reformas agrarias que crearon un fuerte mercado interno y sentaron la base para una distribución relativamente equilibrada del ingreso en comparación con otros países subdesarrollados. Desde que unos dos millones de chinos huyeron de la revolución socialista de 1949 y se instalaron en Taiwán junto a los seis millones de pobladores autóctonos, hasta 1965, esa isla recibió una ayuda norteamericana de 1500 millones de dólares, de los cuales el 83 por ciento estuvo constituido por simples donaciones, y sólo el resto por préstamos reembolsables, aunque muy baratos. A precios actuales, eso representa unos 8000 millones de dólares, es decir, mil dólares por cabeza.

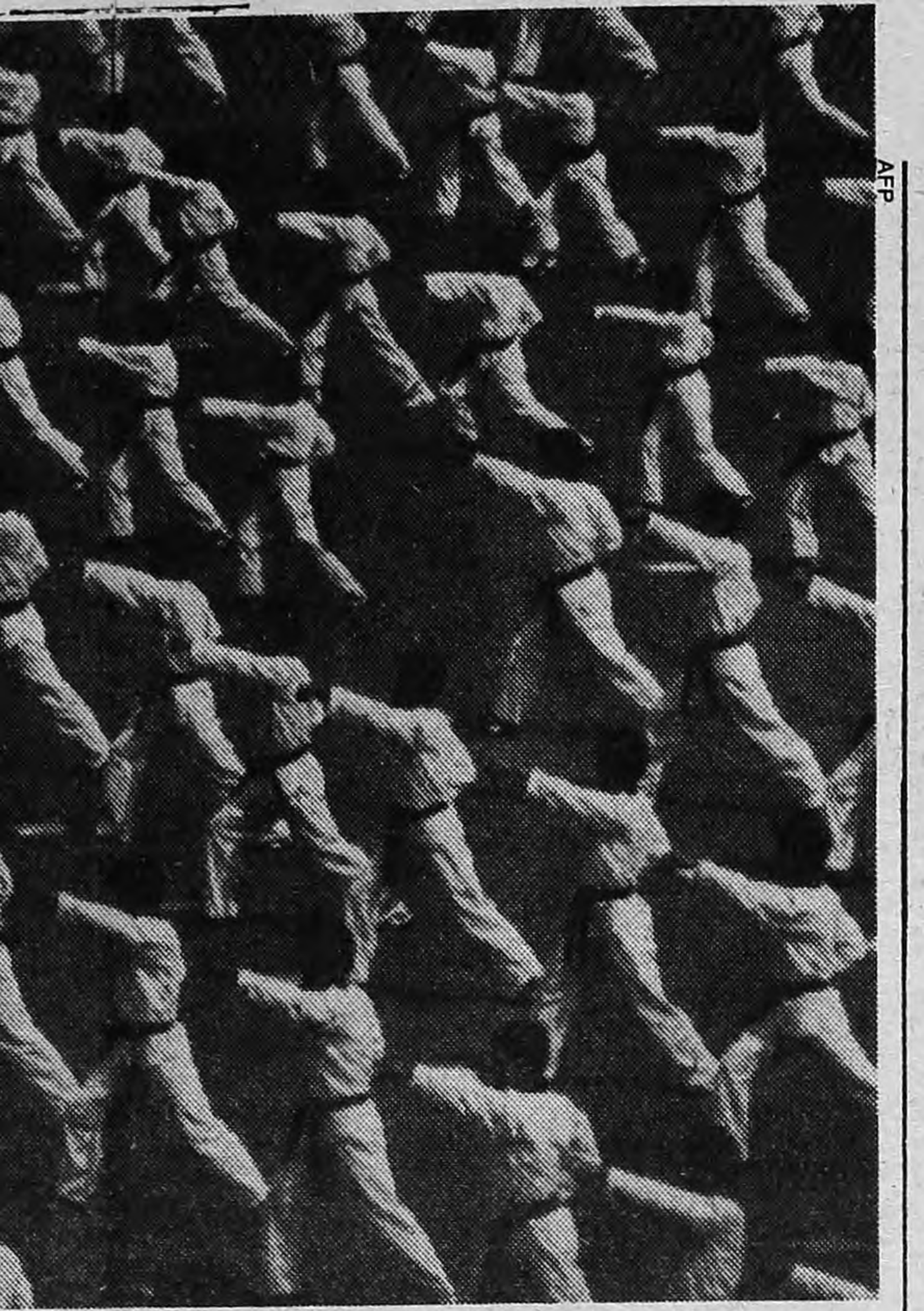
Es como si Argentina recibiera en el transcurso de 15 años 30.000 millones de dólares en donaciones y créditos blandos (saldarían más de la mitad de nuestra "dura" deuda externa de 55.000 millones). Corea, según sus estadísticas oficiales, recibió unos 4000 millones desde 1950 hasta 1965 (proporcionalmente más que Taiwán). Ambos países tuvieron uno de sus primeros estímulos para volcarse a la exportación con la escalada de la guerra de Vietnam, que a partir de 1965 condujo a la compra por parte de EE.UU. de crecientes cantidades de vestimenta, calzado, equipo de transporte y otros productos para sus tropas.

Sobre esa base, y partiendo de altos aranceles proteccionistas y prohibiciones absolutas de importación de numerosos productos, Corea y Taiwán fueron otorgando franquicias especiales a los productores locales que exportaban sus mercaderías. Estos podían importar insumos con total libertad, veían reducidos —entre otros— sus impuestos a las ganancias y recibían créditos subsidiados por parte de la banca. La banca es totalmente estatal desde 1949 y en Corea fue estatizada en 1961 por los militares que to-



AFP





AFP

EXCUSA DEPORTE

quiel Fernández Moores

a histo-
que co-
en Seúl
como
ntes se-
idos y
últimos
de Seúl
mente.
tirá ca-
capital
a unos

rano no
tros hi-
alguna
ros del
Juegos
que la
enton-
del Sur

mpicos
de tri-
joven
alguna
s edi-
de ellas
de tur-
e modo
erlín en
atletas

oche del
millones
ing que
o el pri-
La pelea
n fue un
Joseph
s perso-
istencia
no cora-
del com-

que su
r la ola
torturas
idad por
ivo para
exclusi-
El 15 de
ol Felipe
Francia,
a Lausa-
tócratas
(COI), a
especti-
ue se ce-
ecer con-
africanos
ro los en-
uperados
que pro-
a total a
alegría de
sten a los
ertido en

los nuevos dueños del negocio.

¿Acaso ahora Seúl debía desaprovechar el bocado? Hasta el dictador Chun Doo Hwan debió aceptar resignadamente la imposibilidad de cumplir con su sueño dorado, de exhibir él mismo ante el mundo el denominado "milagro coreano". Cuando las protestas estudiantiles se hicieron incontrolables en el '87, Seúl estuvo cerca de perder la sede de los Juegos y entonces el dictador se vio obligado a celebrar las elecciones que pusieron en el poder a su delfín, el ex general Roh Tae-Woo.

Así, con 29 mil operarios trabajando catorce horas de promedio diario durante siete años —sólo un ejemplo de cómo se cimentó el "milagro coreano"— Seúl exhibe orgullosa la construcción de una veintena de nuevos estadios, el Parque Olímpico de 1.700.000 metros cuadrados y la Villa Olímpica con sus 122 edificios y 3700 departamentos. Allí se alojarán los doce mil atletas que llegaron para intervenir en los Juegos, entre ellos el velocista norteamericano Carl Lewis, la tenista alemana Steffi Graf, el garrochista soviético Serguei Bubka y la argentina Gabriela Sabatini, algunas de las principales estrellas de la competencia.

Pero la estrella principal será Seúl: mostrar que la división de las dos Coreas no es "artificial" —como dicen los coreanos del norte— y lucir ante el mundo la nueva cara de inmensa y poderosa factoría, no aquella imagen ya lejana de pantanos y arrozales bombardeados por la guerra.

Y para que esto sea posible, los Juegos de Seúl pasarán a la historia por ser los primeros en celebrarse dentro de un verdadero "bunker", con un total de 300 mil hombres armados, aviones de reconocimiento norteamericanos y naves de la Séptima Flota para garantizar la paz olímpica. La masacre de atletas israelíes en manos de un comando palestino en los Juegos de Munich '72 sirvió para mostrar que también el terrorismo político desea subirse a la tribuna que ofrece el deporte. Y en Seúl se teme que un kamikaze eche por la borda la "fiesta de paz y felicidad" que ofrece el "deporte apolítico".

Soviéticos y norteamericanos librarán un duelo aparte para mostrarle al mundo bajo qué sistema se fabrican mejor los héroes modernos que corren más rápido, saltan más alto y lanzan con más fuerza, para hacer honor al ideal olímpico citius, altius, fortius. Alemania Oriental será la tercera en discordia, pero como Corea del Sur comprendió que algo de deporte deberá aportar a los Juegos, entonces preparó durante casi dos años y bajo un régimen carcelario a sus mejores atletas, ofreciendo premios millonarios a quien obtenga una medalla que permita que la fiesta sea completa.

No sea cuestión que, al fin y al cabo, alguien se olvide que los Juegos Olímpicos no son más que un simple acontecimiento deportivo.

AFP

EL "MILAGRO ECONOMICO"

MADE IN COREA



Por Salvador Benesdra

En 1964 le tocó a Japón. Salido de la Segunda Guerra Mundial con su imperio totalmente desarticulado y la humillación de una derrota sin atenuantes, pudo mostrar apenas dos décadas después que era nuevamente una nación en marcha. Los Juegos Olímpicos de Tokio sirvieron de escenario para sacar a relucir el milagro económico. Ahora es el turno de Corea del Sur. Colonia paupérrima de los japoneses desde 1910 hasta 1945, devastada en una feroz guerra con el Norte —controlado por los comunistas— desde mediados de 1950 hasta fines de 1952, la porción meridional de la península de Corea toma en estos días el relevo de sus antiguos amos y alumbra una vez más con la antorcha olímpica la pujanza del Sudeste Asiático.

Esta vez el asombro puede ser aún mayor que en 1964. Mostrar el poderío japonés reconstruido era después de todo algo relativamente banal. Alemania Occidental —Plan Marshall mediante— también se había levantado de sus cenizas. La República de Corea no es en cambio una antigua potencia industrial que se vuelve a poner de pie, sino una flamante máquina de producir riqueza que comenzó a funcionar hace apenas tres décadas. Fue además el paradigma de un supuesto modelo de desarrollo que los gobiernos de los países capitalistas avanzados exhibieron ante el Tercer Mundo desde los años 70, con la pretensión de demostrar que era posible superar el atraso económico recurriendo exclusivamente al libre mercado y a la iniciativa privada. Se la puso junto con la colonia británica de Hong Kong, la ex colonia británica de Singapur, y la isla de Taiwán en una misma bolsa, que llevó —según la ocasión— los rótulos de "estrategias de desarrollo orientadas hacia el exterior", "industrialización exportadora", o simplemente "los cuatro tigres del Sudeste Asiático". Los cuatro debían ilustrar una serie de tesis que se pueden resumir así: el único camino para el desarrollo es la integración al mercado mundial; este último es el único agente (en oposición a los gobiernos) capaz de "asignar eficientemente los factores de la producción" (orientar los recursos de cada país hacia las actividades que más lo beneficien); y la llamada "sustitución de importaciones" (la erección de barreras proteccionistas para alentar la producción local de bienes que antes se importaban) debe ser abandonada en aras de producir sólo lo que cada país puede fabricar en condiciones internacionalmente competitivas, aprovechando sus "ventajas comparativas" (riquezas naturales, mano de obra barata y/o calificada, stock de capital acumulado históricamente). Por supuesto, la única forma de comprobar qué puede producir cada país "competitivamente" es levantar todas las barreras aduaneras, abrir el mercado local a la competencia internacional, y abolir cualquier subsidio estatal.

Pero curiosamente, desde que los dos mayores tigres —Corea y Taiwán— parecieron confirmar en la década del '80 con su vertiginoso crecimiento que sus modelos eran exitosos, comenzaron a llover sobre ellos las denuncias de EE.UU. y Europa Occidental acusándolos de haber sido siempre proteccionistas, y subsidiadores, y culpándolos de pecados aun mayores, como el "dirigismo". La revista norteamericana *Businessweek* se preguntó por enésima vez el 5 de setiembre "qué mueve" a la economía de Corea, y empezó a descubrir que además de la mano de obra barata —común a todo el Tercer Mundo— había otros factores. *Businessweek*, que ya tuvo que aprender varias lenguas orientales en estos años, citó entre esos factores un "slogan" coreano: "minjok chajon" y explicó que quería decir "podemos hacerlo nosotros mismos".

De hecho, Corea del Sur con 99.000 kilómetros cuadrados de superficie y 42 millones de habitantes, y Taiwán, con 36.000 kilómetros cuadrados y 19 millones de habitantes, no renunciaron jamás a construir "ellos mismos" un parque industrial suficientemente diversificado para poder cubrir la mayor cantidad de fases posibles del proceso de fabricación de sus productos, aunque tuvieran que recurrir a la inversión estatal, los subsidios, o los aranceles proteccionistas. Sólo las ciudades-estados de Hong Kong y Singapur (con 5 y 3 millones de habitantes respectivamente, concentrados en menos de 1000 kilómetros cuadrados) debieron conformarse con abrir "nichos" dentro del mercado mundial para un puñado de productos (textiles, relojes, zapatos, etc.), y se adecuaron más o menos a la imagen popular que existe de una "factoría", o "armaduría". Ambos fueron desde antes del siglo XX puertos importantes que medraron con la intermediación gracias a su ubicación estratégica (el primero en el comercio de China con el exterior, el segundo como principal escala entre el Océano Pacífico y el Indico), y se lanzaron en los años 50 y 60 a una industrialización muy especializada —además de florecer como centros financieros— partiendo de economías totalmente abiertas, y niveles de ingresos superiores a los del resto del Tercer Mundo.

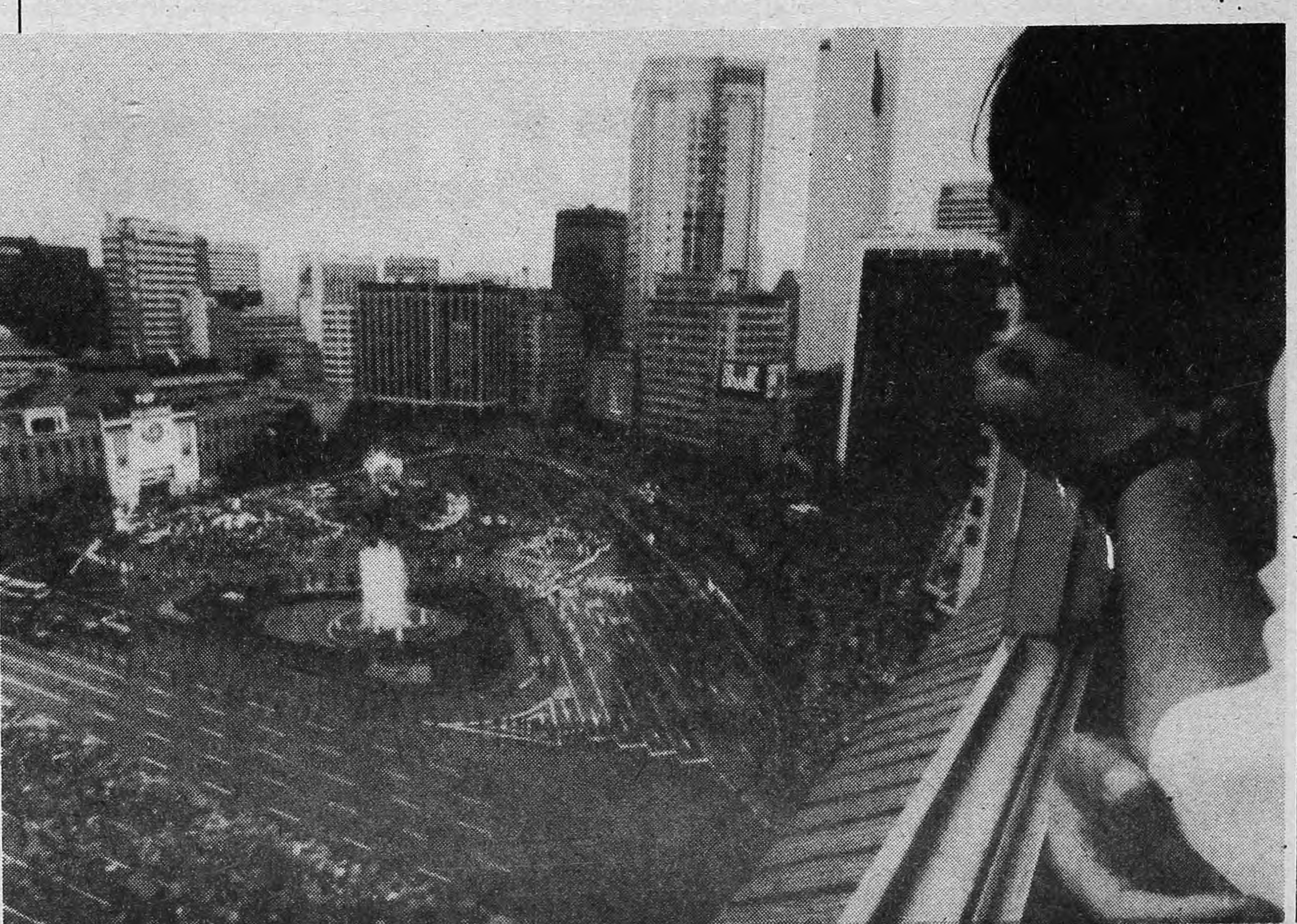
La misma opción en favor de la especialización fue insistentemente recomendada por los economistas del Banco Mundial a Corea y Taiwán, que desoyeron sistemáticamente esos consejos. Ambos recurrieron hasta mediados de los años 60 a una política intensa de sustitución de importaciones, apoyándose en la masiva ayuda norteamericana y en sendas reformas agrarias que crearon un fuerte mercado interno y sentaron la base para una distribución relativamente equilibrada del ingreso en comparación con otros países subdesarrollados. Desde que unos dos millones de chinos huyeron de la revolución socialista de 1949 y se instalaron en Taiwán junto a los seis millones de pobladores autóctonos, hasta 1965, esa isla recibió una ayuda norteamericana de 1500 millones de dólares, de los cuales el 83 por ciento estuvo constituido por simples donaciones, y sólo el resto por préstamos reembolsables, aunque muy baratos. A precios actuales, eso representa unos 8000 millones de dólares, es decir, mil dólares por cabeza.

Es como si Argentina recibiera en el transcurso de 15 años 30.000 millones de dólares en donaciones y créditos blandos (saldarían más de la mitad de nuestra "dura" deuda externa de 55.000 millones). Corea, según sus estadísticas oficiales, recibió unos 4000 millones desde 1950 hasta 1965 (proporcionalmente más que Taiwán). Ambos países tuvieron uno de sus primeros estímulos para volcarse a la exportación con la escalada de la guerra de Vietnam, que a partir de 1965 condujo a la compra por parte de EE.UU. de crecientes cantidades de vestimenta, calzado, equipo de transporte y otros productos para sus tropas.

Sobre esa base, y partiendo de altos aranceles proteccionistas y prohibiciones absolutas de importación de numerosos productos, Corea y Taiwán fueron otorgando franquicias especiales a los productores locales que exportaban sus mercaderías. Estos podían importar insumos con total libertad, veían reducidos —entre otros— sus impuestos a las ganancias y recibían créditos subsidiados por parte de la banca. La banca es totalmente estatal desde 1949 y en Corea fue estatizada en 1961 por los militares que to-



AFP





maron el poder al mando del general Park, aunque luego fue revendida al sector privado gradualmente. Sólo en 1982 el estado se deshizo en Corea del último remanente de su participación accionaria en los grandes bancos, que se había reducido para entonces a un 20 o 30 por ciento. Desde mediados de los años '60 y durante los años '70, los bancos atrajeron en ambos países el ahorro local mediante altas tasas de interés, canalizando ese flujo financiero hacia la industria, a tasas inferiores. La tasa de ahorro se mantuvo en los dos casos durante esos 15 años en o por encima del 20 por ciento del Producto Bruto Interno hasta la década del '80, en que registró un salto aún mayor, colocándose cerca o hasta por encima del 30 por ciento. Hasta la década del '80, sólo Japón superó por muy amplio margen esas tasas de ahorro, y lo hizo con tipos de interés inferiores a los de Corea y Taiwán, y por supuesto, menores que los del resto del mundo desarrollado. Varios países latinoamericanos (entre ellos México, Brasil y Argentina) igualaron o superaron ligeramente las tasas de ahorro de Corea y Taiwán en 1965-80 aunque partían de un nivel de ingresos muy superior que favorece normalmente al consumo, en lugar del ahorro.

De hecho, desde 1960 a 1980, México y Brasil se desarrollaron a tasas promedio anuales muy similares a las de Corea y Taiwán, rondando el 7 y el 8 por ciento anual acumulativo. Pero en los años '80, sus tasas de crecimiento económico se quebraron por la mitad, y las de los dos tigres asiáticos siguieron firmes. En 1986, Corea creció 12,5 por ciento, y Taiwán 10%; y en 1987, 12 y 9 por ciento, respectivamente. Taiwán tiene hoy las mayores reservas de divisas (70.000 millones de dólares) del mundo, después de Japón. Corea, que tuvo sistemáticamente un déficit global de la balanza comercial a lo largo de toda su historia, registró el primer superávit en 1986 (4700 millones de dólares), y lo elevó a 7700 en 1987, lo que le permitió reducir su deuda externa, que era de dimensiones "latinoamericanas" (45.000 millones de dólares) en 10.000 millones de dólares (siempre pudo pagar los intereses).

Si la ayuda de EE.UU. fue decisiva en el despegue, el mantenimiento del ritmo durante los años '80 fue sin duda facilitado por la sobrevaluación del dólar norteamericano bajo la administración de Ronald Reagan, que estimuló enormemente las importaciones estadounidenses, pues a ese mercado van a parar la mayor parte de las exportaciones de ambos tigres.

Ahora que Estados Unidos tiene instalado un déficit comercial crónico con ambos países, la prensa norteamericana empieza a recordar que Corea estuvo desde 1961 hasta 1987 bajo un feroz régimen autoritario, y Taiwán bajo un autoritarismo menos exacerbado pero real desde 1949 hasta hoy. También que los coreanos trabajan en promedio 54 horas por semana *(Time)* o "25 por ciento más que los japoneses y 40 por ciento más que los norteamericanos" *(Businessweek)*, por un salario equivalente a 400 dólares. Pero Brasil no estuvo precisamente bajo la democracia, de 1964 a 1985, y sin embargo no tiene el dinamismo de estos países. Chile vive desde 1973 bajo un régimen comparable al de los generales Park y Chung en Corea, y no se industrializa (produce y exporta fundamentalmente minerales y productos agrícolas). Por último, las "horas extras" no serían cosa tan común en las economías latinoamericanas si no se trabajara también en ellas más que las 44 horas "normales" por semana, al menos cuando hay trabajo (la desocupación es en cambio prácticamente inexistente en ambos "tigres").

Si el autoritarismo, los bajos salarios, la disciplina laboral draconiana, y la "benevolencia" importadora de EE.UU. bastaran para explicar todo el desarrollo de Corea y Taiwán o fuesen imprescindibles para su desenvolvimiento habría que esperar un derrumbe bastante inmediato de ambas economías, pues todos esos factores están cambiando aceleradamente. En Corea, los partidos opositores ganaron este año el control de la Asamblea. Los salarios surcoreanos, que crecieron siempre a una tasa real inferior al incremento del PBI (según *The Economist* hubo sólo 0,4 punto de aumento por cada punto de incremento en el PBI) aumentaron en 1987 al mismo ritmo que la economía, al influjo de las gigantescas huelgas en los principales centros industriales, que permitieron además arrancar el derecho a formar sindicatos por empresa. También en Taiwán, que reconoció antes los sindicatos por empresa, los salarios están apurando el paso, partiendo desde niveles más elevados. Tanto el won coreano como el nuevo dólar taiwanés debieron además revaluarse en 1986 y 1987 bajo presión de EE.UU., que intentó así disminuir sus déficits comerciales bilaterales con ambos países (años antes ya había impuesto cuotas de importación para distintos productos de Corea y Taiwán).

Sin embargo, ambos tigres demostraron ya en el pasado una fuerte capacidad de adaptación, apoyada en gran parte en su acendrada tradición dirigista (Corea con planes de desarrollo quinquenales, que son cuatrienales en Taiwán para diferenciarlos de los de Pekín). Corea es proporcionalmente menos rica (un PBI de 120.000 millones de dólares, contra 90.000 de la menos populosa Taiwán), pero tiene algunas ventajas claves para acomodarse a cualquier cambio externo: un fuerte mercado interno y una industria muy integrada verticalmente, construida alrededor de cuatro grandes *chaebol* (conglomerados) privados (Hyundai, Daewoo, Sansung, Lucky Goldstar) que el Estado engrendró con la explícita intención de imitar el modelo de los *zaibatsu* japoneses. Actualmente sus exportaciones representan "apenas" el 31 por ciento de su PBI, mientras que en Taiwán la proporción es del 44 por ciento (en la Argentina —que tiene un PBI de 85.000 millones— y en Brasil las proporciones rondan históricamente el 10 por ciento). También su dependencia de la inversión extranjera es menor que en Taiwán. Según el Banco Mundial, en 1975 el stock total de inversiones extranjeras directas era de 700 millones de dólares y representaba sólo el 17 por ciento de lo que el propio capital nacional (estatal y privado) había invertido en pura industria manufacturera en los cinco años anteriores. En 1986, el stock de inversiones extranjeras acumuladas se había elevado a 2800 millones pero sólo por la llegada de los bancos y el turismo, ya que en manufacturas era de 1700 millones, por lo cual la mencionada proporción del 17 por ciento debe haber caído aún más. Según Jon Woronof *(La economía coreana)* desde el inicio "las regulaciones de propiedad (sobre las inversiones foráneas) fueron bastante duras, restringiendo el control de los extranjeros al 50 por ciento, y más comúnmente al 49 por ciento, siendo muy raros los casos en que se los autorizó a retener el 100 por ciento de una empresa, salvo en las zonas francas". En Taiwán todo fue más flexible, y las zonas francas más importantes por su peso en la economía, lo que se refleja en un stock de inversiones extranjeras directas de 6000 millones de dólares.

Esto está sólo en parte compensado por un mayor peso de las empresas estatales de Taiwán en las industrias de la construcción y manufactureras (petroquímica, barcos, maquinaria pesada, etc.), donde desarrollan ramas que el capital privado nacional, constituido en su enorme mayoría por empresas de menos de 300 trabajadores, no puede abordar. En suma, pese a la imagen popular, ninguno de los dos mayores tigres son meras "factorías" sometidas totalmente a la división internacional del trabajo. Pero sobre todo Corea parece ya haber alcanzado un punto de no retorno en su despegue industrial autónomo, aunque este haya sido financiado en sus inicios por EE.UU., que también eligió financiar la reconstrucción autónoma europea en lugar de apoderarse de sus industrias (como las multinacionales hicieron con los países latinoamericanos).

Las estadísticas demuestran en todo el Tercer Mundo que sólo las empresas de capital mayoritario nacional crean localmente tecnología, emplean crecientes cantidades de profesionales y reinvierten masivamente. Ese es el verdadero secreto de Corea.



PARALELO 38

(Por Bosco Esteruela, El País, desde Panmunjón) El puente de no retorno es el último paso en la zona desmilitarizada (ZDM) que divide las dos Coreas desde el final de la guerra civil (1950-1953). Una franja de demarcación en el paralelo 38 de cuatro kilómetros de ancho por 243 de largo —de un extremo a otro de la península del noreste asiático— sirve de freno para impedir escaramuzas de una guerra que arrojó un saldo de tres millones de muertos y que para muchos coreanos todavía no ha terminado.

Panmunjón, a medio centenar de kilómetros al norte de Seúl, es una ciudad tampón, nacida como consecuencia de la firma del acuerdo de armisticio suscrito el 27 de setiembre de 1953 por el Norte y el Sur, representado éste por su aliado en la contienda, Estados Unidos. Desde entonces hasta hoy, a lo largo de esa demarcación se han producido numerosos incidentes, en los que hubo, en muchos casos, muertos.

Un total de 90.000 turistas visitó el año pasado del lado surcoreano, por sólo 10.000 del lado norcoreano, el área de seguridad conjunta, denominada también *el pueblo de la tregua*, el punto central que separa en dos los países. En este enclave de 800 metros figuran, entre otros complejos, la famosa sala de conferencias donde se firmó el armisticio, y se reúnen ambas partes para resolver problemas políticos, militares o económicos de poca trascendencia, o presentar propuestas de apertura de negociaciones más serias.

Allí también se encuentran con alguna periodicidad, derivada de violaciones graves del alto el fuego, la comisión de cuatro naciones neutrales supervisoras del armisticio (Suecia y Suiza, por parte del mando de las Naciones Unidas, y Estados Unidos, que vigila la frontera sur, y Checoslovaquia y Polonia, del lado norte).

El mando conjunto existe como tal desde 1978. Antes, la vigilancia militar de la parte sur de la península corría a cargo sólo de EE.UU. Los norteamericanos, que tienen en Corea del Sur más de un centenar de bases en el territorio y unos 41.500 soldados, tienen mando por encima de los surcoreanos en la estructura de las fuerzas combinadas. El general Louis Menestrey, jefe de los dos ejércitos conjuntos, declaró que la posibilidad de que el mando pase a manos surcoreanas es verosímil, pero no especificó cuándo.

Un millón de soldados a una y otra parte de la ZDM se estima que vigila día a día el armisticio de la desconfianza entre dos naciones que no se reconocen como tal y que buscan de maneras diferentes la reunificación.



Armas nucleares tácticas

Aun cuando Estados Unidos se mantiene en la línea de no confirmar ni desmentir el tema, hay armas nucleares tácticas en territorio surcoreano —entre ellas, minas de demolición atómicas—, se cree que desplegadas al sur de la ZDM, lejos de la zona fronteriza, por temor a provocar un incidente serio. Corea del Norte exige, precisamente, el desmantelamiento de fuerzas convencionales y atómicas extranjeras de la península para el inicio de negociaciones de paz.